



BOLETÍN DEL CLERO

DEL

OBISPADO DE LEÓN.

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de León.

Sobremanera ofendidos los Párrocos y Ecónomos del distrito de Navatejera con los escritos dañinos é irrespetuosos para V. E. I., publicados en el periódico «La Montaña» de esa localidad, por D. Antonio Balbuena, á título de *católico ferviente*, tienen el honor de exponer respetuosamente á V. E. I.:

Que no pueden, sin faltar á su conciencia, dispensarse de ofrecer, como con todo su corazón ofrecen su muy rendido homenaje á V. E. I., cual cumple á la lealtad de Sacerdotes católicos á su cariñoso Pastor y Padre: Que protestan con toda su energía de las suposiciones falsas, reticencias indignas é intenciones siniestras del flamante Abogado de sus intereses, que les ha salido en el *católico ferviente*: Que no el Prelado, que nada les exige, sino el Arcipreste con los Párrocos, en Junta prévia á la Santa

Pastoral Visita, son los que prescriben generalmente la mansión ó mansiones necesarias, el decoro de la asistencia, y el orden y número de Parroquias que cada dia podrá cómodamente visitar su egregio Huésped, cuidando de no convertirle por mezquindad, en Postillón durante la Santa Visita, como pretende el Sr. Balbuena, lo cual sería ciertamente muy opuesto á la mente del Concilio de Trento, que tan celoso es del decoro y dignidad Episcopal: Que, sean los que sean los gastos que á estos Párrocos rurales ocasione la Pastoral Visita, nada le importa al *católico ferviente*, y por último

Que estos *pobres Párrocos rurales* no reconocen en el Sr. Balbuena autoridad, ni investidura alguna fuera de la de su grande osadía, para dar lecciones de Jurisprudencia Canónica á su competentísimo y amadísimo Prelado, y lamentan los ultrajes que alcanzan también á todos los demás de España, á quienes igualmente *denuncia*, es decir, *fustiga y maltrata respectivamente como publicista católico, sin ofender á nadie y sin proponerse en ello otra cosa que el mejor servicio de Dios y la prosperidad de su santa Iglesia*: sarcasmo incalificable á que no se atreviese el más fanático y solapado sectario, con que da fin á su libelo de difamación el Sr. Balbuena.

Dignese V. E. I. aceptar benignamente esta protesta y sirva de lenitivo á los disgustos que á V. E. I. le han sido producidos.

Dios guarde á V. E. I. muchos años para bien de esta diócesis.

Villaquilambre 21 de Septiembre de 1892.—B. R.
E. A. D. V. E. I. S. H. S. — Antonio Campillo — Vicente

Prieto. — Paulino García. — Pedro Fernandez Recio. — Juan Fernández García — Gregorio Diez. — Perfecto Gutiérrez. — Ballasar Rivero. — Esteban Alvarez. — Emilio Alonso. — Por autorización expresa de D. Angel Muñoz, Gregorio Diez. — Por igual autorización de D. Jesús Gallego, Ballasar Rivero. — Por igual autorización de D. Diego Zapico, Emilio Alonso.

Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de León.

El Párroco de Maraña, y Arcipreste de Valdeburón de Arriba, con todo el clero del Arciprestazgo, se adhieren á la protesta que el clero parroquial de la capital ha hecho, en desagravio de las injurias que D. Antonio de Balbuena, ha inferido á V. E. I., en el periódico «La Montaña.»

Dios guarde muchos años á V. E. I. para bien de la Diócesis. Maraña Septiembre 15 de 1892. — B. E. A. P. D. V. E. I. S. H. — *Francisco de la Puerta.*

CARTA ENCICLICA

DE NUESTRO SANTISIMO PADRE LEÓN XIII

POR LA DIVINA PROVIDENCIA

A nuestros Venerables Hermanos los Patriarcas, Primados, Arzobispos, Obispos y demás Ordinarios que están en paz y comunión con la Santa Sede Apostólica. León XIII, Papa.

Venerables Hermanos, salud y bendición apostólica.

Cuantas veces se Nos presenta ocasión para excitar y aumentar en el pueblo cristiano el amor y el culto á la gloriosa Madre de Dios, Nos inunda un gozo extraordinario y maravillosa satisfacción, no sólo porque este asunto es por sí solo importante en alto grado y fecundo en excelentes frutos, sino porque se armoniza del modo más suave con los sentimientos íntimos de nuestro corazón.

En efecto; el amor á Maria, piedad que hemos bebido con la leche, aumenta vigorosamente con la edad, y se fortalece de día en día más en Nuestra alma, porque vemos más claramente cuán digna de amor y de respeto es Aquella que Dios mismo amó antes que nadie, y con tal afecto, que, habiéndola elevado sobre todas las criaturas, y habiéndola adornado con los dones más magníficos, la escogió por Madre suya.

Numerosos y brillantes testimonios de su bondad para con Nos, que no podemos recordar sin el más profundo reconocimiento y sin que humedezcan las lágrimas Nuestros ojos, Nos aumentan más y más esta piedad y más vivamente Nos inflaman en tal amor.

A través de las numerosas y temibles vicisitudes por que hemos pasado, Ella ha sido siempre Nuestro refugio; constantemente hemos dirigido á Ella nuestros ojos suplicantes, depositando en su seno todas Nuestras esperanzas y todos Nuestros

temores, todas Nuestras alegrías y tristezas. Ha sido uno de Nuestros primeros cuidados el de suplicarla asiduamente que sea en todo tiempo Nuestra madre, suplicándole el precioso favor de poderla manifestar á la vez los sentimientos del más tierno de los hijos.

Cuando, posteriormente, por los misteriosos designios de la Providencia de Dios, fuimos llamado á ocupar esta silla del bienaventurado Pedro, para representar la persona misma de Jesucristo en la Iglesia, conmovido por el peso enorme de esta carga, y no teniendo para sostenerla confianza alguna en Nuestras propias fuerzas, solicitamos con más viva instancia los socorros de la asistencia divina por la maternal intercesión de la bienaventurada Virgen.

Nuestra esperanza, sentimos la necesidad de proclamarlo, no ha decaído ni se ha amortiguado jamás en el transcurso de Nuestra vida, y, sobre todo, en el ejercicio de Nuestro supremo apostolado.

Esta misma esperanza nos inclina á pedir, bajo los mismos auspicios y por la misma intervención, bienes más numerosos y considerables, que contribuyan igualmente á la salud del ejército de Cristo y al dichoso acrecentamiento de la gloria de la Iglesia.

Es, por lo tanto, justo y oportuno, venerables Hermanos, que invitemos á todos Nuestros hijos, y que con Nos les exhortéis á celebrar el próximo mes de Octubre, consagrado á Nuestra Señora y augusta Reina del *Rosario*, con el aumento que reclaman las siempre crecientes necesidades.

Harto visibles y conocidos son la malicia del siglo y los medios de corrupción que emplea para debilitar y extirpar enteramente la fe cristiana y la observancia de la ley divina, que alimenta y hace fructífera la fe; el campo del Señor está casi cubierto de una vegetación de ignorancia religiosa, de vicios y de errores. Y, lo que es más triste, lejos de que se imponga freno y justas penas á tan arrogante y culpable perversidad por parte de los que pueden y deben sobre todo hacerlo, ocurre muy á menudo que su inercia y su apoyo aumentan todavía la fuerza del mal.

De aquí que deploren con razón que los establecimientos públicos, donde se enseñan las ciencias y las artes, estén sistemáti-

camente organizados, de manera que el nombre de Dios no se oye allí nunca, y si se le nombra es para ultrajarlo; que deploramos la licencia, de día en día más imprudente, para publicar escritos ó pronunciar discursos donde se ultraja de mil maneras á Cristo Dios y á la Iglesia.

Y más deplorable es todavía ese abandono y olvido de las prácticas cristianas en que viven muchos, que, si no están en abierta apostasía de la fe, llevan una vida de tal género que no se relaciona en manera alguna con ella.

Quien considere la confusión y la corrupción que reina hoy en las cosas más importantes, no se maravillará si gimen las naciones afligidas bajo el peso de la cólera divina, y tiemblan ante el temor de más graves calamidades.

Para aplacar la justicia de Dios ofendido y para conceder á los que sufren la curación que necesitan, nada hay mejor que la oración piadosa y perseverante, siempre que vaya unida con el celo y la práctica de la vida cristiana. Esto creemos obtener principalmente por el *Rosario en honor de María*.

Bien conocido es su origen, que glorifican ilustres monumentos y que más de una vez Nos hemos recordado, atestiguando su gran poder. En la época en que la secta de los albigenses, que fingió defender la integridad de la fe y las costumbres, pero que en realidad las atropellaba abominablemente y las corrompía, siendo causa de grandes ruinas para muchos pueblos, combatió la Iglesia contra ella y contra las tropas conjuradas, no con soldados y con armas, sinó oponiendo principalmente á sus ataques la fuerza del Santísimo Rosario, cuyo rito dió la Madre de Dios al Patriarca Santo Domingo para que lo propagara; y de este modo, después de haber salido brillantemente victoriosa de todos aquellos obstáculos, procuró entonces y en lo sucesivo en parecidas tempestades, por la salud de los suyos, triunfando siempre gloriosamente.

Por lo mismo, en el estado actual de los hombres y de las cosas, que Nos deploramos, estado afflictivo para la religión, y muy perjudicial para el bien público, debemos rogar todos en comun con igual devoción y piedad á la Madre de Dios, con el fin de alcanzar felizmente, según nuestros deseos, la virtud de su Rosario.

Cuando nos confiamos á María por medio de plegaria, nos confiamos á la Madre de Misericordia, tan favorablemente dispuesta para con nosotros, que, cualquiera que sea la necesidad que nos aflija, sobre todo la consecución de la vida eterna, acude ella pronto por sí misma, sin ser llamada, viniendo constantemente en nuestro auxilio, haciéndonos partícipes de la gracia de Dios, que recibió desde el principio con el fin de ser digna de ser su Madre.

Esta superabundancia de la gracia, que es el más eminente de los privilegios de la Virgen, la eleva sobre todos los hombres y todos los ángeles. aproximándola á Cristo más que todas las criaturas: *Mucho es para un Santo el poseer una cantidad de gracia suficiente para la salud de un gran número; pero si tuviera una cantidad que bastara para la salud del mundo entero fuera el colmo; y esto existe en Cristo y en la bienaventurada Virgen (1).*

Cuando la llamamos llena de gracia, saludándola con las palabras del ángel, y cuando formamos una corona con esta repetida alabanza, es casi imposible decir cuán agradables le somos: cada vez, en efecto, le representamos el recuerdo de su sublime dignidad y de la redención del género humano, que por ella comenzó Dios, y el lazo perpetuo y divino que la une á las alegrías y á los dolores, á los oprobios y á los triunfos de Cristo para la dirección y asistencia de los hombres por el camino de la eternidad.

Plugo á Cristo en su ternura tomar tan completamente nuestra semejanza, y llamarse y mostrarse hasta tal punto hijo del hombre y hermano nuestro, con el fin de manifestarnos de la manera más elocuente su misericordia para con nosotros. *Debió hacerse semejante en todo á sus hermanos para ser misericordioso (2).* María, de igual manera escogida para ser la Madre de Nuestro Señor Jesucristo, que es nuestro hermano, fué por tal privilegio elevada sobre todas las madres para que derramase sobre nosotros y nos prodigase su misericordia.

(1) *S. Th., op. VIII super salut, angelica.*

(2) *Heb., II-17.*

Si somos deudores á Cristo por habernos hecho participar del derecho que propiamente le pertenece de tener á Dios por padre y de darle tal nombre, le debemos igualmente el habernos comunicado tiernamente el derecho de tener á María por madre y de llamarla por nombre tal. Y como la misma naturaleza ha hecho del nombre de madre el más dulce de los nombres y del amor maternal el tipo del amor tierno y apasionado, la lengua no puede expresar ya más; pero las almas piadosas sienten para con María la llama de un afecto generoso y sincero para con María, que es nuestra madre, no humanamente, sinó por Cristo.

Añadamos que ella ve y conoce mucho mejor que nadie lo que nos concierne; los auxilios de que necesitamos en la vida presente, los peligros públicos ó privados que nos amenazan; las dificultades y los males en que nos encontramos, y la viva lucha que sostenemos por la salvación de nuestra alma contra enemigos encarnizados. En todo esto y en las demás pruebas de la vida, mejor que nadie, puede y desea llevar á sus hijos queridos el consuelo, la fuerza, los auxilios de todo género.

Por esto Nos dirigimos á María suplicándola con fervor ardentísimo, por los lazos maternales que la unen tan estrechamente á Jesús y á nosotros; invocamos con piedad su asistencia por medio de la oración que ella misma ha designado, y que le es tan grata, para poder descansar con seguridad y alegría en la protección de la mejor de las madres.

Al título de recomendación que resulta de la misma oración del Rosario, es preciso añadir que ofrece un medio práctico fácil para inculcar y hacer penetrar en los espíritus los dogmas principales de la fe cristiana.

Es de fe, ante todo, que el hombre asciende regular y seguramente hacia Dios, y que aprende á reverenciar con el espíritu y con el corazón la majestad inmensa de este Dios único, su autoridad sobre todas las cosas, su soberano poder, su sabiduría, su providencia. *Es preciso, en efecto, que el que se aproxime á Dios crea que existe y que recompensa á los que le buscan.* (1)

(1) Heb , cap. XI.

Pero puesto que el Hijo eterno de Dios ha tomado la humanidad que luce á nuestros ojos, y se presenta como el camino, la verdad, la vida, por esto mismo se hace necesario que nuestra fe abrace los profundos misterios de la augusta Trinidad, de las personas divinas y del Hijo único del Padre hecho hombre: *La vida eterna consiste en que te conozcan á tí, el sólo Dios verdadero, y al que tú enviaste, Jesucristo* (1).

Dios nos ha gratificado con un inmenso beneficio cuando nos ha concedido su santa fe; por este don, no solamente nos elevamos sobre la naturaleza humana, como contempladores y partícipes de la naturaleza divina, sino que tenemos un principio de mérito superior para las celestes recompensas; y, en consecuencia, tenemos la firme esperanza de que llegará el día en que nos será permitido ver á Dios, no ya por una imagen trazada en las cosas creadas, sino en sí mismo, y gozar eternamente del soberano bien.

Pero se preocupa el cristiano de tal manera en los cuidados de la vida, y tan fácilmente se distrae en cosas de poca monta, que si á menudo no se le advierte y amonesta, olvida poco á poco las cosas más importantes y necesarias, y llega de este modo á languidecer y hasta extinguirse su fe.

Para preservar á sus hijos de ese gran peligro de ignorancia, no omite la Iglesia ninguno de los medios que le sugieren su vigilancia y su solicitud, y el Rosario en honor á María no es el último de los que emplea con objeto de acudir en auxilio de la fe. El Rosario, en efecto, bellísima, fructuosa y reglamentada plegaria, ayuda á contemplar y venerar sucesivamente los principales misterios de nuestra Religión; aquellos, en primer lugar, por los cuales el *Verbo se hizo carne*, y María, madre y siempre virgen, acepta con santo gozo esta maternidad; luego las amarguras, los tormentos, el suplicio de Cristo paciente que conquistaron la redención de nuestra raza; después los misterios gloriosos, su triunfo de la muerte, su ascensión á los cielos, la

(1) Joan., XVII, 3.

venida del Espíritu Santo, y el esplendoroso triunfo de María, colocada sobre todos los astros: la gloria, en fin, de todos los santos asociados á la gloria de la Madre y del Hijo.

La serie ordenada de todas estas maravillas se presenta asidua y frecuentemente ante el alma de los fieles, y se desenvuelve en cierto modo ante sus ojos. Por eso el Rosario inunda el alma de los que le recitan devotamente de una dulzura piadosa, siempre nueva, produciéndoles la misma impresión y emoción, como si estuvieran escuchando la propia voz de su misericordiosísima Madre explicándoles estos misterios y dirigiéndoles saludables exhortaciones. Por lo mismo, se puede afirmar que no hay temor á que la ignorancia ó los envenenados errores destruyan la fe en las personas, en las familias ó en los pueblos en que se conserva hoy, como en otro tiempo, la practica del Rosario.

Otra utilidad no menos grande para sus hijos espera la Iglesia del Rosario: la de que conformen mejor su vida y sus costumbres á la regla y á los preceptos de la santa fe. En efecto, si según aquellas divinas palabras por todos conocidas, *la fe sin las obras es una fe muerta* (1), porque la fe se alimenta de la caridad, y la caridad se manifiesta en la cosecha de acciones santas, el cristiano no sacará provecho alguno para la eternidad de su fe si conforme á ella no arregla su vida; *¿de qué le sirve á alguien, hermanos míos, el decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Acaso la fe le podrá salvar?* (2)

Esta clase de hombres se encontrará en el día del juicio con reproche mucho más severo de parte de Cristo que los que han tenido la desgracia de ignorar la fe y la moral cristiana: porque éstos no cometen la falta de aquellos que creen de una manera y viven de otra, sino que, por estar privados de la luz del Evangelio, tienen cierta excusa, ó al menos es una falta, ciertamente, menos grande.

(1) Jac., II, 20.

(2) Ib., 14.

Para que la fe que profesamos produzca la cosecha venturosa de frutos que conviene, puede admirablemente ser útil la contemplación de los misterios para inflamar las almas en busca de la virtud. ¡Qué ejemplo más sublime y brillante nos ofrece en todos sus puntos la saludable obra de Nuestro Señor Jesucristo!

Dios Todopoderoso, arrastrado por el exceso de amor para con nosotros, se reduce á la ínfima condición del hombre, habita y conversa fraternalmente en medio de nosotros, y ruega y enseña toda justicia á los particulares y á las turbas; maestro eminente por la palabra, Dios por la autoridad. Se da todo entero por el bien de todos; cura á los que sufren enfermedades corporales, y su paternal misericordia lleva el consuelo á los enfermos más graves del alma: los que sufren penas, fatigas é inquietudes, son los primeros á quienes dirige el más conmovedor llamamiento: «*Venid á mí todos los que andáis agobiados con cargas y trabajos, que yo os aliviare*» (1).

Cuando nos arrojamos en sus brazos, Él mismo nos infunde aquel fuego misterioso que llevó entre los hombres, y nos penetra de aquella dulzura de alma y de aquella humildad, por las cuales desea que seamos partícipes de la verdadera y sólida paz de que es autor: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis el reposo de vuestras almas* (2).

Y, sin embargo, en pago de esta luz de celeste sabiduría y de la inmensa abundancia de beneficios de que colmó á los hombres, sufrió el odio y los más indignos ultrajes de parte de los mismos, y, clavado en la Cruz, derramó su sangre y su vida sin tener deseo más vehemente que el de hacerles nacer á la vida por medio de su muerte.

No es posible considerar atentamente tales testimonios del amor inmenso que nos demostró nuestro Redentor, sin que se inflame la voluntad reconocida.

(1) Matth , XI, 28

(2) Ib., 29

Y tan grande debe ser la fuerza de la fe experimentada y probada, que arrastrará al hombre de espíritu iluminada y corazón conmovido, sobre los pasos de Cristo, a través de todos los obstáculos, hasta poder repetir aquella protesta digna del Apóstol Pablo: *¿Quién, pues, podrá separarnos del amor á Cristo? ¿Será la tribulación, ó la angustia, ó el hambre, ó la desnudez, ó el riesgo, ó la persecución, ó el cuchillo?... (1)*

No soy yo quien vive, es Jesucristo quien vive en mí (2).

Pero para que ante tan sublimes ejemplos dados por Cristo, Dios y hombre á la vez, no desmaye la conciencia de nuestra debilidad nativa, se presentan á nuestros ojos y á nuestra meditación al lado de estos misterios los de su Santísima Madre.

Procedía ella, es verdad, de la familia real de David, pero no la queda ya nada de las riquezas ó de la grandeza de sus antepasados: lleva una vida obscura en un pueblo humilde y en una casa más humilde todavía, tanto más contesta de su obscuridad y de su pobreza, cuanto que más libremente puede elevar su espíritu á Dios y aproximarse á ese bien supremo y amado sobre todas las cosas.

Y el Señor está con ella, colmándola con los consuelos de su gracia; recibe un mensajero celestial que la designa por virtud del Espíritu Santo, para dar nacimiento al Salvador esperado por las naciones. Cuanto más admira la sublime elevación de su dignidad y da gracias á la bondad de Dios potente y misericordioso, más se oculta en su humildad, sin atribuirse virtud alguna, apresurándose á declararse esclava del Señor cuando se convierte en su madre.

Lo que promete santamente lo cumple con santo ardor, y su vida se desenvuelve desde entonces en íntima comunión, para el gozo y para las lágrimas, con la de su hijo Jesús.

De este modo alcanzará tan alta gloria que nadie, ni hombre ni ángel, podrá lograr, porque nadie podrá compararsele por el

(1) Rom., VIII, 35.

(2) Gal., II, 20

mérito y por la virtud; así se le reservará la corona del reino de arriba y del reino de la tierra, por que será la invencible reina de los mártires, y así se sentará eternamente en la celeste ciudad de Dios, coronada su cabeza, al lado de su Hijo, porque constantemente, durante toda su vida, y más constantemente todavía sobre el Calvario, bebió con él el cáliz de la amargura.

He aquí, pues que en su prudencia y su bondad Dios nos ha dado en María el modelo de todas las virtudes más á nuestro alcance. Al considerarla y contemplarla, nuestras almas no se sienten como agobiadas por el esplendor de la divinidad, sino al contrario, atraídos por el parentesco de una naturaleza común trabajamos con más confianza en imitarla. Si nos entregamos enteramente á esta obra, sobre todo con su protección, nos será ciertamente posible reproducir en nosotros mismos ciertos rasgos de tan grandísima virtud y de una tan perfecta santidad, é imitando la admirable conformidad de su vida con la voluntad de Dios, se nos concederá acompañarla en el cielo.

Prosigamos valientemente, por penosa y preñada de dificultades que se nos presente nuestra terrestre peregrinación, y, en medio de los trabajos y las pruebas, no dejemos de dirigir á María nuestras manos suplicantes, diciendo con la Iglesia: *Por vos suspiramos, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas... Volved vuestros ojos misericordiosos. Dadnos una vida pura, abridnos camino seguro para que, contemplando á Jesús, nos regocijemos con vos eternamente.*

Y María, que, sin haberlo experimentado personalmente, sabe cuán flaca y viciosa es nuestra naturaleza, que es la mejor y la más amante de las madres, ¡con qué presteza y generosidad vendrá en nuestro auxilio! ¡Con qué ternura nos consolará! ¡Con qué fuerza nos sostendrá! Marchando por el camino que han consagrado la sangre divina de Cristo y las lágrimas de María, tenemos la certidumbre de llegar sin dificultades á la participación de su bienaventurada gloria.

El Rosario en honor de la Virgen María, en el que tan bien y tan útilmente se encuentran reunidos una excelente forma de plegaria, un medio eficaz de conservar la fe y un modelo insigne de perfecta virtud, es, por lo tanto, digno bajo todos

conceptos de estar con frecuencia en las manos de los verdaderos cristianos, y de ser piadosamente recitado y meditado.

Dirigimos especialmente estas exhortaciones á la *Cofradía de la Sagrada Familia*, que Nós habemos recientemente aprobado y recomendado. Puesto que la razón de ser de esta Cofradía es el misterio de la vida, largo tiempo silenciosa y oculta, de Nuestro Señor Jesucristo entre los muros de la casa de Nazareth, para obtener que las familias cristianas se apliquen á imitar el ejemplo de aquella santísima Familia, divinamente instituida, son evidentes los particulares lazos que la unen al Rosario, especialmente en lo que concierne á los misterios gozosos que se realizaron cuando Jesús, después de haber demostrado su sabiduría en el templo, *vino* con María y José á Nazareth, *donde les vivía sumiso*, preparando los otros misterios que debían contribuir mejor á instruir á los hombres y á rescatarlos. Que todos los socios se apliquen, pues, cada uno según la medida de sus fuerzas, á cultivar y á propagar la devoción del Rosario.

Por lo que á Nos concierne, confirmamos las concesiones de indulgencias que habemos hecho en los años precedentes en favor de los que cumplan durante el mes de Octubre lo que al efecto está prescrito. Mucho esperamos, venerables Hermanos, de vuestra autoridad y de vuestro celo, para que se recite el Rosario con ardiente piedad en honor de la Virgen, socorro de los cristianos.

Pero queremos que termine la presente exhortación como ha principiado con el testimonio, con más insistencia renovado, de Nuestro agradecimiento y de Nuestra confianza para con la gloriosa Madre de Dios. Pedimos al pueblo cristiano que ofrezca en sus altares su oración suplicante, ya por la Iglesia, agitada por tantos combates y tempestades, como también por Nos mismo, que entrado en años, fatigado por los trabajos, luchando con las dificultades más graves, desprovisto de todo humano socorro, dirigimos el gobierno de la Iglesia.

De día en día aumenta y Nos es más dulce la esperanza en Nuestra poderosa y tierna Madre, y si atribuimos á su intercesión numerosos y señalados beneficios recibidos de Dios, le agradecemos un particular reconocimiento: el favor de alcanzar bien pronto el 5.º aniversario de Nuestra ordenación episcopal.

Gran beneficio parecerá este á quien considere tan prolongada duración del ministerio pastoral, pudiendo, sobre todo, ejercerlo todavía con diaria solicitud en la conducción de todo el pueblo cristiano.

Durante todo ese espacio de tiempo, en nuestra vida, como en la de todo hombre, como en los ministerios de Cristo y de su Madre, no nos han faltado motivos de alegría ni nos han escaseado graves causas de dolor, así como también hemos tenido motivos para glorificar á Jesucristo. Todas estas cosas las hemos aplicado con sumisión y reconocimiento hacia Dios á hacerlas servir para el bien y el honor de la Iglesia.

En lo porvenir, porque el resto de nuestra vida no será semejante si vienen nuevos gozos ó nuevos dolores, si brillan algunos rayos de gloria, perseverando en los mismos sentimientos; y no pidiendo a Dios más que la gloria celeste, diremos con David: *Que el nombre del Señor sea bendito; que la gloria no sea para nosotros, Señor, que no sea nunca para nosotros, sinó para vuestro nombre.*

Esperamos de nuestros hijos, que vemos animados de tan grande afecto para con Nos, menos felicitaciones y alabanzas que acciones de gracias, plegarias y oraciones ofrecidas al bondadosísimo Dios; plenamente felices si obtienen para Nos que cuanto Nos reste de vida y de fuerza, cuanta autoridad y gracia poseemos, sirva únicamente para el bien de la Iglesia; y ante todo para atraer y reconciliar á los enemigos y descarriados que hace mucho tiempo está llamando nuestra voz.

Que la fiesta próxima, que, si Dios lo permite, Nos causará alegría, derrame sobre nuestros hijos bien amados la justicia, la paz, la prosperidad, la santidad y la abundancia de todos los bienes: he aquí lo que pide á Dios nuestro paternal corazón y lo que expresamos con las palabras divinas.

Escuchadme, vosotros, que soís prosapia de Dios, y brotad

como rosales plantados junto á las corrientes de las aguas; esparcid suaves olores como en el Líbano el árbol del incienso; floreced como azucenas; despedid fragancia y echad graciosas ramas, y entonad cánticos de alabanza y bendecid al Señor en sus obras. Y con todo el corazón y boca llena alabad todos á una y bendecid el nombre del Señor. (1)

Si estas resoluciones y estos votos encuentran la oposición de los malvados que *blasfeman de todo cuanto ignoran*, dignese Dios perdonarles; que por intercesión de la Reina del Santísimo Rosario, nos sea Dios propicio, y como augurio de tal favor y en prenda de nuestra benevolencia, recibid, Venerables Hermanos, la bendición apostólica, que os concedemos afectuosamente en el Señor á vosotros, á vuestro Clero y á vuestro pueblo.

Dado en San Pedro de Roma, el 7 de Septiembre de 1892, el año 15 de nuestro Pontificado.

LEÓN XIII, PAPA.

(1) Eccl. XXXIX 17-20, 41.